

(N.º 41)

Ejercicios

Lleer la liq. 3 del libro de gramática, fe
els ejercicios correspondents (páginas 20 i 21) i
vegen después llur clar (pág. 122).

Liq. XVI - Traduir:

Se encontró fuera de los límites terrestres, mucho
más alto que el más elevado pico del Himalaya,
flotando inmóvil en el espacio. Y, apenas abrió
los ojos asombrado en la silenciosa soledad, vió
que, entre las miríadas de estrellas y entre el
polvillo de las constelaciones lejanas, flotaba el
astro delante de sí, resplandeciente a la luz del
sol que iluminaba el continente europeo

(F. Uraecha)

Liq. XVII - Traduir:

Las angustias y congojas que el buen hombre
sufrió los días predecesores a la entrega de su
establecimiento no son para contadas de puro in-
finitos: que no se abandona tan aind un lu-
gar donde hasta los más nimios objetos parecen
retener, con mudas manifestaciones de cariño,
al que allí los colocó y con ellas hubo de cona-
turalizarse -

(J. Gutiérrez Gamero)

(113)

Uligo XVIII - Traducción:

Disculpables pudieran ser los antagonismos de escuela, que al fin y al cabo suele cegarnos la pasión y siempre nos parece mejor aquello por que mostramos preferencia; pero es cosa muy diferente negar todo mérito a los autores que positivamente lo tienen. Habrá, por ejemplo, quien abomine de la escuela poética, cuyo principal representante en estos últimos años ha sido Rubén Darío, pero quien lo haga, si es hombre de recto criterio y honrada conciencia, no podrá negar que Rubén Darío es un gran poeta. (N. Alonso Cortés)

Uligo XIX - Traducción:

Un momento me pareció que tu rostro livido, tu semblante extraño de objeto muerto, me miraba con expresión irónica, como dudando de que esta vez mis confesiones fuesen sinceras. Te engañes. Es cierto, sí, que frecuentemente, obligado por exigencias de mi oficio, sacrifico mis gustos a la actualidad triunfante, y escribí de asuntos que no me interesaban, y simulé apenamientos, y permití cobarde que mi pluma, siempre noble y leal, tuviese gestos de hustrion.

(E. Zamacois)

Uligó XX - Traducción:

Salieron al claustro, cincelado en oro vespertino,
de fina y grácil labor. Visto a través de la emoción
salada de las lágrimas, resplandeció con el brillo
de lo recién brumido para un regalo. Sobre la
rubra arena del patio, también rica, aunque sim-
ple, ochenta niños, de siete a once años, geometri-
zaban los bruscos ademanes de su gimnasio sueco.
Estaban todos desnudos, de cintura arriba.

(M. Bacarisse)